

CAPÍTULO 2

La identidad social (2) Leviatán

Es algo más que consentimiento y concordia; es una verdadera unidad de todos en Una Idéntica persona hecha del pacto de cualquier hombre con cualquier hombre [...] Es a la generación de este Gran Leviatán o más bien de este dios mortal a quien debemos, bajo el dios inmortal, nuestra paz y defensa.

THOMAS HOBBES

El Estado es esta realidad mantenida e instaurada por la violencia asesina.

PAUL RICOEUR

No existe un testimonio de cultura que no sea al mismo tiempo de barbarie [...] el patrimonio cultural no debe su existencia únicamente al esfuerzo de los grandes genios que le han dado forma, sino a la servidumbre anónima de sus contemporáneos.

WALTER BENJAMIN

De la sociedad arcaica a la sociedad histórica, en los cinco puntos del globo¹, una metamorfosis en cadena ha elaborado una nueva for-

¹ Según una nueva hipótesis, formulada por Jacques Cauvin en *L'Empreinte de l'homme*, París, Éd. du CNRS, 1994, después Flammarion, 1998, la revolución neolítica que emerge hace 12.000 años en Levante, antes de Sumer y la escritura, no procedería de presiones demográficas o ecológicas (la hipótesis más probable hasta el momento), sino de una mutación cultural: la revolución de los símbolos, que, por el advenimiento de las divinidades, habría abierto el grupo a un nuevo tipo de organización.

ma de sociedad, que, como toda metamorfosis, conserva el fundamento anterior o núcleo arcaico (conflictividad y comunidad, sociocentrismo, papel organizador del patrimonio cultural) pero lo engloba y lo supera.

Las sociedades nuevas comportan el Estado, la ciudad, la agricultura, las clases sociales, la institución religiosa. Su aparición coincide con la de la historia: a la vez van a hacer la historia y a experimentar los *alea* y vicisitudes de ésta. Dos tipos extremos aparecen entre diversos reinos. Uno es el imperio, el otro la ciudad.

El imperio ha surgido de la conquista, sin duda a partir de pequeños reinos belicosos. Se constituye en la antigüedad Euroasiática y en la América precolombina de los Estados Imperiales enormes (Sumeria, Egipto, Asiria, Imperio Chino, Imperio Persa, Imperio Romano, Imperio Azteca, Imperio Inca). El imperio reúne a poblaciones de centenares de miles, y después millones, de individuos. Por omnipotentes que fueran los Estados imperio, muchos de ellos tuvieron una existencia relativamente breve, por el efecto alternativo o conjugado, de invasiones enemigas, crisis internas (en particular luchas de sucesión, revoluciones de palacio, golpes de estado). A pesar de las invasiones, divisiones y crisis profundas, dos estados imperiales perduraron durante milenios: el egipcio (tres milenios) y el chino (cuatro milenios); el imperio romano-bizantino duró un milenio.

El tipo imperial, llamado sumariamente desde Hegel «despotismo oriental» —Asiria, Babilonia, Egipto, China, México, Perú—, es dominado por un estado teocrático todopoderoso, dotado de los atributos de lo sagrado, que crea y ordena, según la expresión de Mumford², una megamáquina social.

El otro tipo es el de las ciudades-Estado, que comporta igualmente clases sociales y que dispone de recursos agrícolas, en ocasiones de recursos mineros y de colonias marítimas. Las ciudades-Estado están regidas por reyes, tiranos u oligarquías. Son rarísimas las democracias de ciudadanos, entre las que la Atenas del siglo V antes de nuestra era fue el ejemplo notable. Las ciudades-Estado fueron absorbidas por los imperios en la antigüedad, entre ellos el Imperio Romano. Roma fue, no obstante, el ejemplo notable de una ciudad-Estado oligárquica, democrática durante cierto tiempo que, por sus conquistas, se transformó en imperio y se dotó entonces de un emperador-dios.

La emergencia del Estado es el evento organizador clave de las sociedades históricas. Después, las sociedades se han metamorfoseado, han aparecido las naciones modernas, pero el Estado sigue estando en el núcleo de las sociedades hasta el siglo XXI (y quizá más allá).

Por ello, desde los inicios de la historia, el destino social es inseparable del del Estado. Como vamos a ver, la paradoja del Estado es que a menudo es a la vez bárbaro y civilizador, emancipador y sojuzgador...

EL ESTADO DOMINADOR

Para considerar el Estado hay que concebir la noción de aparato. Esta noción es inexistente en la ciencia política así como en las concepciones libertarias o marxistas. Ya di la definición física³: el aparato es un dispositivo de mando y control que capitaliza la información, forma programas, y por ello domina la energía material y humana; un aparato introduce su determinación en un medio amorfo o heterogéneo (y por ello el aparato de Estado puede controlar poblaciones muy diversas); en el sentido cibernético del término, sojuzga a un sistema sin experimentar su reacción, pero recibiendo información de él.

Desde los imperios antiguos hasta las naciones modernas, el Estado constituye el aparato central de mando y control de la sociedad. Su poder es de conocimiento, de decisión, de dominación, de represión. Memoriza (archivos), calcula, computa, rige, decide, ordena. Dispone de una administración que centraliza la información y el saber, establece las escrituras, los archivos, las instrucciones, efectúa previsiones y propone sus programas.

El Estado produce su código, sus leyes, sus decretos. Leyes y decretos entran en el patrimonio cultural y adquieren virtud generativa. Por ello el Estado es conservador y productor de una generatividad⁴ organizadora.

El Estado establece el orden y se apropia del monopolio de la violencia. Dispone de poderes temporales poderosos mediante aparatos

³ *El Método 1*, pág. 274.

⁴ Sobre la noción de generatividad, cfr. *El Método 2*, págs. 114-119, y Definiciones, págs. 331-340.

² L. Mumford, *El mito de la máquina*, Buenos Aires, Emecé, 1969.

auxiliares: el aparato policial, el aparato militar⁵; éstos aplican sus órdenes e imponen su poder coercitivo (constreñimiento, encarcelamiento, muerte).

Dispone también de los poderes espirituales más potentes por mediación de su aparato religioso que sacraliza su poder. El Estado utiliza a su o sus dioses como medios para imponer su propio culto. De ahí el carácter teocrático de los grandes imperios de la antigüedad, en los que el rey es al menos delegado, y en el mejor de los casos, encarnación del dios soberano. Los Estados-nación modernos instituyen su propia sacralidad, su propio culto y, como bien viera Toynbee, su propia religión.

Un aparato sojuzga al medio en el que opera; el aparato de Estado realiza grandes trabajos para sojuzgar al medio natural, trazarle carreteras, excavar canales, implantarle ciudades, desarrollar la agricultura. Todo esto se efectúa en la antigüedad no sólo por la creación de técnicas adaptadas, sino sobre todo por un sojuzgamiento humano masivo. Es el aparato de Estado el que ha inventado este sojuzgamiento, por la utilización forzada del trabajo y de las competencias. El sojuzgado absoluto, el esclavo, no es más que un «útil animado» (Aristóteles).

Más amplia y profundamente que el sojuzgamiento, el Estado ha practicado el sujetamiento: su autoridad se introduce en la mente del individuo beneficiándose del principio de inclusión que permite que todo sujeto se integre en un Nosotros; inscribe sus finalidades en el puesto mismo de la autonomía del sujeto. El sujetado, que se ha convertido en sujeto en el sentido de sumisión, conserva sus competencias y su autonomía privada, pero está presto a obedecer al Estado, a menudo encarnado en un soberano revestido de la sacralidad del poder: una de las dos cámaras de la mente de los sujetados (según la concepción de Jaynes⁶ evocada en el capítulo anterior) está ocupada por el poder teocrático. Éste está presente en esta cámara como un verdadero Superego incluido en el Yo. Como el soberano dispone de las palabras maestras que suscitan obediencia incondicional, sus órdenes son ejecutadas de forma casi sonambulesca. De este modo, el sujetado es alienado al servicio de la ley, del programa, de la orden de un Estado encarnado en su rey-dios.

⁵ Es cierto que ocurre que uno de estos aparatos, aprovechando sus propios poderes, logra domesticar al Estado, pero al hacerlo, lo perpetúa.

⁶ J. Jaynes, *The Origin of Consciousness in the Breakdown of Bicameral Mind*, op. cit.

La inteligencia del sojuzgado sigue siendo paradójicamente libre y puede pensar en rebelarse. La inteligencia del sujetado conforta su dependencia creyendo trabajar para su Dios, su Patria, el Bien, lo Verdadero. El sujetamiento permite el pleno empleo de las mentes sujetadas. La desaparición de la esclavitud y la servidumbre favoreció los sujetamientos. El sujetamiento de un pueblo permite el sometimiento de otros pueblos por este pueblo. Un pueblo sujetado tiende a sojuzgar a otro.

Mientras que, en las sociedades arcaicas, la paz y el orden estaban aseguradas por la interiorización en las mentes del sentimiento de comunidad, los Estados de las sociedades gigantes imponen su orden físicamente por la policía y el ejército. Pero también lo imponen psíquicamente sojuzgando a los individuos por mediación de la religión de Estado y de la religión del Estado (que se decanta en tanto que tal en las naciones modernas).

Conjugando la coerción material y la posesión psíquica, la intimidación armada y la intimidación sagrada, la dominación del Estado adquiere formas tentaculares desde el constreñimiento exterior sobre el cuerpo hasta el sujetamiento interior de la mente.

Por ello ha instaurado el Estado durante milenios sojuzgamientos y sujetamientos en el seno de los imperios, las naciones y sus conquistas.

Nacido de la guerra y de la dominación, disponiendo de una potencia militar formidable, el Estado es naturalmente paranoide, teniendo siempre a más poder, ávido de aumentar su territorio y sus riquezas. Al mismo tiempo, las paranoias concurrentes de Estados vecinos les empujan a guerras incesantes. De ahí el carácter predador y guerrero de los Estados de la Antigüedad y de los Tiempos Modernos, hasta el siglo xx incluido.

Las grandes civilizaciones del pasado fueron fundadas sobre una dominación despiadada en el interior así como en el exterior. Todas las de la antigüedad fueron instituidas sobre la esclavitud, la cual es utilizada por los grandes Estados civilizados hasta finales del siglo xix. El Estado favorece la arrogancia, el lujo, lo arbitrario de las elites del poder y de las clases superiores (las cuales favorecen la arrogancia y lo arbitrario del Estado), organiza el sojuzgamiento de las clases inferiores, somete a la tortura y al suplicio toda revuelta, toda contestación.

Por ello, desde los imperios de la antigüedad hasta los Estados-nación modernos, el Estado es una formidable potencia de dominación, subyugación, agresión, predación.

EL DESPOTISMO

A ello se añade el despotismo, poder arbitrario y desenfrenado de uno solo o de unos cuantos.

La enorme máquina anónima del Estado favorece paradójicamente el poder personal. El Estado que manda/controla a la sociedad es mandado/controlado por los individuos. Por lo demás, son los jefes conquistadores, los reyes vencedores quienes instituyeron los primeros grandes estados de la historia, por y para la dominación de las poblaciones sometidas. Son individuos que han acaparado al Estado dominador. El Estado sólo es anónimo en su aparato. Su soberanía lleva el nombre del soberano que, ocupando su cabeza, se presenta como *su cabeza*. De ahí las palabras soberbias del Rey Sol: «El Estado soy yo.» Como un reflejo atenuado del poder personal supremo, las repúblicas democráticas tienen también un presidente que las personaliza.

La dirección del Estado no puede ser anónima: la ocupación del poder necesita un arte que tiene como nombre política. La política supera a la cibernética del aparato; es el dominio de la decisión, de la elección, de las estrategias de acción interior y exterior, y necesita reflexión, consejo, debate, consciencia, voluntad de individuos responsables. Es un arte complejo, incierto y decisivo que, en los momentos críticos y críscos, compromete a la sociedad por entero. Y, en el riesgo y el *alea*, toda sociedad, incluso democrática, necesita jefes responsables.

Los jefes pueden identificarse con su función y consagrarse al servicio de la sociedad, pero al mismo tiempo pueden convertirse en parásitos que ponen el poder a su servicio.

La divinización del jefe Faraón, Soberano, Guía, puede ser considerada como el mito que utiliza el Estado para asegurar su absolutismo autodivinizándose, pero al mismo tiempo el soberano convertido en déspota utiliza su propia divinización por su voluntad de poder y de gloria. De este modo, el déspota se sirve del Estado que se sirve del déspota. El déspota se halla en una situación de omnipotencia, dado que domina el aparato de dominación, controla el aparato de control, de-

cide por el aparato de decisión. A la megalomanía del Estado que dispone de un aparato formidable se añade la megalomanía del déspota que dispone del aparato de Estado.

Se opera una cuasi simbiosis entre la voluntad de poder del Estado, que se autoalimenta a sí misma, y la voluntad de poder de los jefes, reyes, emperadores que ocupan la cabeza del Estado. Esta simbiosis suscita la voluntad de cada vez más poder. De ahí el despliegue de guerras y conquistas.

En estas condiciones, los poseedores humanos del poder absoluto se intoxican de él. La *hýbris* se desencadena. Raros son los soberanos que aprenden sabiduría en la soberanía. Por el contrario, la ocupación del poder suscita las más de las veces un delirio de poder, y la sed de poder suscita ambiciones desmesuradas. Por ello, alrededor del poder se multiplican los golpes de Estado, asesinatos, fratricidios, parricidios, tan bien descritos por Esquilo, Sófocles, Eurípides, Shakespeare, mientras que la locura específica del poder ha sido admirablemente mostrada por Calderón en *La vida es sueño*. Amenazados por rivales o pretendientes, los déspotas se vuelven patológicamente desconfiados de todos (cfr. la vejez de Stalin y de Mao), desarrollan de forma hipertrófica su policía secreta y golpean ciegamente a sus discípulos mismos. El poder, esfera del Orden Supremo, se convierte al mismo tiempo en la esfera del desorden extremo, donde se desencadena *homo demens*.

EL ESTADO CIVILIZADOR

El Estado dominador es también el Estado civilizador. Atribuyéndose únicamente a él la violencia legítima, inhibe y reprime la violencia de los individuos y de los grupos. Instauro su ley que pone fin a las vendettas y justicias privadas. Al mismo tiempo que domina cruelmente a las poblaciones sometidas, crea y desarrolla vastos espacios de paz interior y civilización.

Asocia, bien cierto que por el constreñimiento, poblaciones heterogéneas de millones de individuos, establece una sociedad que comporta una enorme variedad de etnias, y con ello aporta la complejidad que hace emerger cualquier asociación de diversidades en una unidad. La complejidad social permite actualizar múltiples virtualidades humanas. Por ello, las sociedades provistas de Estado se dotan rápidamente de

una escritura⁷, aumentan las ciencias y conocimientos en numerosos dominios, permiten el desarrollo del pensamiento, las artes y las técnicas. No obstante, no son sino las elites principescas o religiosas quienes se benefician de la complejización de la sociedad: gozan de placeres, libertades, se benefician de las artes, las letras, las obras de pensamiento. Todos los logros de la civilización han sido pagados, muy pesadamente, por la servidumbre de la masa.

LA CIVILIZACIÓN DEMOCRÁTICA

En tanto que sistema que comporta el control de los ciudadanos, la separación de los poderes, la pluralidad de las opiniones y el conflicto de las ideas, la democracia es el antídoto a la omnipotencia del aparato de Estado y a la locura del poder personal.

El modelo democrático emergió en la antigüedad mediterránea, a partir de ciudades marítimas que desarrollaban su comercio, sus intercambios, sus sucursales, en ocasiones sus colonias. Es cierto que estas ciudades-Estado disponen de esclavos, pero no de una fuerza de trabajo masiva, y orientan sus actividades no hacia trabajos gigantes, sino hacia la adquisición de riquezas por los intercambios marítimos.

Aunque muy emprendedoras, estas ciudades son marginales en el mundo de los imperios enormes. Entre ellas, Atenas, en el siglo V antes de nuestra era (tras haber estado a punto dos veces de ser engullida por el Imperio Persa), hizo emerger una innovación capital: la institución democrática que instaura un Estado complejo en el que los poderes están separados, establece el control del Estado por los controlados haciendo de éstos ciudadanos, y al mismo tiempo desposee a la teocracia —la diosa Atenea protege la ciudad, pero no la gobierna. A partir de entonces, ya no es un dios, un rey, un tirano quien decide la suerte de la sociedad, sino los ciudadanos mismos. Los responsables de la ciudad son bien sea elegidos, bien sea tirados a suerte. Los sujetos han dejado lugar a los ciudadanos.

⁷ Hacia 3000 a.C.: escritura jeroglífica en Egipto; pictogramas en Mesopotamia. 1500-1400 a.C.: escritura ideográfica en China; escritura (lineal B) en Creta y en Grecia; escritura hitita cuneiforme en Anatolia. 1100 a.C.: los fenicios elaboran la escritura alfabética.

Los ciudadanos, hombres libres, son responsables del destino de la ciudad, en la que debaten en la plaza pública a través de argumentos contradictorios, y la mayoría delega sus poderes a los elegidos.

Así aparecieron, de forma muy restringida y, además, efímera, principios que necesitaron más de dos milenios para implantarse en los Estados-nación de varios millones de súbditos, y que siguen siendo minoritarios en el mundo.

Lo que se opera en los ciudadanos de Atenas es una brecha en el tabique que, en el sujetado, separa las dos cámaras de la mente. Mientras toda consideración, toda interrogación política o religiosa, estaba prohibida en el sistema de las dos cámaras herméticas la una para con la otra, la apertura le da al ciudadano el derecho de mirar la ciudad y el mundo. Los santuarios sagrados permanecen en su mente, pero se le pide opinión sobre aquello que ha dejado de ser sagrado, la conducta de los asuntos públicos, y se le permite la reflexión sobre su destino. De este modo, la parte autónoma de la mente se introduce en la cámara que había sido subyugada y se extiende más allá del pequeño círculo de la vida privada. Recíprocamente, la adoración y el culto consagrados a las divinidades van a poder expandirse sobre el amor privado...

Nacida en la antigüedad griega, la democracia resucitó en las ciudades medievales, particularmente en Italia y en los Países Bajos, y después se infiltró lentamente en los Estados-nación creando instituciones a su escala, en primer lugar un Parlamento elegido, y estableciendo derechos individuales para los sujetados. El derecho instituye la garantía de las libertades individuales. La Carta Magna (1215) limita la omnipotencia del rey de Inglaterra. La declaración de los derechos del hombre y del ciudadano de la Constitución del 24 de junio de 1793 proclama el derecho a la insurrección contra el despotismo, y la condena a muerte de cualquier usurpador de la soberanía popular. El principio de la soberanía del pueblo funda en el derecho el carácter democrático del Estado-nación, pero la democracia no ha progresado en él sino de manera incierta, aleatoria, incompleta.

Añadamos que los Estados democráticos, emancipadores en su interior, fueron guerreros y opresores en el exterior. El Estado ateniense explotó a sus esclavos y a las poblaciones sometidas a su dominación marítima. La Inglaterra de las libertades cívicas y del *habeas corpus*, la Francia de los derechos del hombre sojuzgaron a los pueblos e individuos de sus colonias.

Son estos aspectos antagonistas y a menudo complementarios los que tenemos que tener presentes, recordando la frase de Walter Benjamin que pusimos en exergo de este capítulo: «No existe un testimonio de cultura que no lo sea al mismo tiempo de barbarie.»

LA MEGAMÁQUINA

Sojuzgando a la sociedad, el aparato de Estado ha hecho de ésta una megamáquina. Fue Mumford quien encontró este término iluminador para caracterizar los antiguos imperios de tipo faraónico. La megamáquina⁸ antigua es una formidable organización centralizada, mandada por el Estado, que engloba el mundo rural, las ciudades, las clases y castas sociales, la religión, el ejército y que comporta millones de individuos. Sojuzga y sujeta a poblaciones enormes. Han desaparecido muchos rasgos propios de las megamáquinas de la antigüedad. Pero los Estados-nación modernos son megamáquinas desarrolladas y complejizadas que han podido integrar en sí la organización democrática.

La megamáquina de imperio dispone, con la fuerza de trabajo de miríadas de sujetados o sojuzgados, de una formidable energía que utiliza para efectuar trabajos gigantescos que optimizarán su propio funcionamiento; construcción de carreteras, excavación de canales, irrigación. Suscitó la invención de dispositivos técnicos y máquinas artificiales para aumentar su potencia. De este modo, domesticó la energía motriz de los torbellinos en los molinos, utilizó tornos, poleas, carros.

Aun más, en China, en Egipto, en México, en Perú, se emprendieron trabajos gigantescos, como la Gran Muralla, el mausoleo del emperador chino Qin Shi Huangdi, los templos gigantes de Karnak, Luxor, Abu Simbel, las pirámides, la fortaleza de enormes bloques de Sacsahuamán (Cuzco).

La URSS y China han realizado en los tiempos contemporáneos gigantescos trabajos forzados de desvío de ríos, construcción de presas, edificación de ciudades.

La formidable energía desplegada no está destinada solamente a misiones económicas como la excavación de canales o a funciones de

⁸ Sobre la noción de megamáquina, cfr. *El Método* 1, págs. 196-198, 209, 282 y ss., y L. Mumford, *El mito de la máquina*, op. cit.

defensa como murallas y fortalezas. El Estado la consagra también a su propia gloria y sus propios dioses. Quiere edificar su propia eternidad con las colosales piedras talladas de sus monumentos sobrehumanos. Utiliza sus fuerzas reales para materializar su imaginario. Lanza la megamáquina al asalto de la muerte y la desafía con los miles de soldados petrificados que guardan la tumba oculta del emperador Qin Shi Huangdi o las titánicas pirámides faraónicas.

Pero los dioses son muy exigentes. No conceden su protección y su misericordia sino a un precio exorbitante. Exigen templos gigantescos. La noosfera de las sociedades antiguas está poblada de dioses terribles que exigen sacrificios sin cesar, incluidos los humanos...

El Estado terrible aspira a una inmortalidad semejante a la de sus dioses terribles. Sus soberanos mortales se autodivinizan para asegurar su propia inmortalidad. De todos modos, la megamáquina no es ni una máquina trivial, ni una máquina únicamente física, es una máquina que toma a su cargo la aspiración humana a la inmortalidad y lleva a un nivel inaudito, grandioso e irrisorio la lucha humana contra la muerte.

Los Estados-nación de Europa occidental ponen en funcionamiento, a partir del siglo XVII, nuevas megamáquinas cuya importancia y potencia aumentan con los desarrollos técnicos e industriales. Estos Estados-nación modernos no toman a su cargo toda su economía, que se desarrolla de forma semiautónoma con la expansión del capitalismo. Pero el Estado-nación va a utilizar la economía, la industria, la técnica para sus guerras y su imperialismo.

Gracias a estos desarrollos técnicos, científicos e industriales, los Estados van a desencadenar los más fantásticos poderes de conquista y sojuzgamiento jamás conocidos. Hubiera podido parecer que, en los Estados democráticos, el desencadenamiento de energía de las megamáquinas debiera calmarse. Y sin embargo, son las grandes democracias las que colonizan y explotan el mundo a finales del siglo XIX y principios del XX. La utilización de la fuerza motriz del vapor, después el petróleo, después la electricidad, después el átomo, desencadenó fuerzas de producción, edificación, destrucción inauditas. Los progresos técnicos de los siglos XIX y XX permiten aumentar la voluntad de poder del Estado y desarrollar sus poderes mortíferos. A las hecatombes y ciudades arrasadas de los conquistadores asirios, babilonios, romanos, mongoles les sucedieron las metrópolis aniquiladas bajo las bombas y las masacres industrializadas. Todo ocurre como si la megamáquina desencadenara al Estado que la desencadena. Las dos guerras

mundiales del siglo xx muestran que las megamáquinas pueden dedicar-se con ardor a las megacarnicerías.

Las sociedades actuales en ocasiones están democratizadas, es decir, que el Estado se ha moderado en ellas, que los sojuzgamientos se han atenuado, que los sujetamientos se han temperado, y el nuevo Estado-providencia ha creado su propia megamáquina, que comporta administraciones muy numerosas consagradas a todos los aspectos de la vida social. Pero esta megamáquina administrativa se ha hiperburocratizado e hipertecnificado, extendiendo la lógica mecanizada, especializada, cronometrizada de la máquina artificial a todas las actividades humanas. Los Estados-nación contemporáneos comportan dos megamáquinas, una económica capitalista semiautónoma, la otra administrativa burocrática de Estado.

Los totalitarismos del siglo xx restauraron la omnipotente megamáquina única del totalitarismo antiguo. Podemos definir el totalitarismo antiguo: un poder de aparato de Estado sobre todas las dimensiones de la sociedad en virtud de su monopolio político, teológico, militar, policial. En el totalitarismo moderno, el Estado sojuzgador es sojuzgado a su vez por el aparato de un partido único todopoderoso que dispone de un poder a la vez político, policial, militar y cuasi teológico, asegurado éste por la omnisciencia que da a los dirigentes del partido la posesión de la Doctrina infalible, fuente de todas las verdades humanas y naturales; el partido se ramifica en todos los alvéolos de la sociedad y controla todos los espectros de las existencias. Semejante dictadura del aparato no escapa a la dictadura de un jefe sobre el aparato. En el totalitarismo antiguo, el rey Faraón o el César deificado se apropiaba del poder sacralizado del Estado. El totalitarismo moderno conoció el culto del jefe cuasi divinizado, Duce, Führer, Padre de los Pueblos, Gran Timonel.

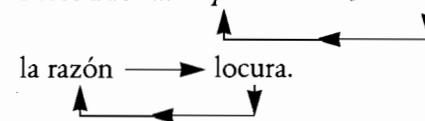
El totalitarismo casi acabado se alcanzó en la URSS, en las democracias populares, en China, en Corea del Norte, donde toda la economía estuvo en manos del aparato. En la Alemania nazi y la Italia fascista (donde además subsistió una monarquía), el capitalismo escapó en parte a su influencia, pero no al control.

La megamáquina del totalitarismo moderno permitió el sojuzgamiento de la masa y las masacres de la masa. Permitted torturar, romper, destruir no sólo a los individuos, sino también a la realidad social. El comunismo logró, y a la vez no logró, destruir una sociedad antigua; efec-

tivamente, liquidó las antiguas clases dirigentes, casi ahogó la religión tradicional, destruyó la clase campesina, eliminó toda fuente de contestación, y sin embargo fracasó, pues, desde su implosión, los rasgos más significativos de la antigua sociedad han vuelto a aparecer, incluido el culto a la familia entera masacrada del zar, con la apoteosis, además, del peor capitalismo. El éxito total se pagó con un fracaso total.

Aunque realizado, el totalitarismo del siglo xx pudo acabar de forma absoluta su influencia sobre la sociedad. No podía controlar totalmente las mentes, y a pesar de Lysenko, no pudo controlar los genes. Sólo podía hacer obedecer la economía a sus ukases de forma imperfecta. No pudo ni quiso eliminar totalmente la cultura del pasado de la nación en la que se enraizaba. Un totalitarismo del siglo XXI podría aportar mayores perfeccionamientos al sistema.

La megamáquina es racional en su organización y su técnica, pero, por una parte, es la racionalidad limitada de la máquina artificial, y por otra parte la racionalidad instrumental al servicio de empresas de poder dementes. Procura energías locas a la locura humana. Posee a *homo sapiens* —→ *demens*, pero a su vez está poseída por



LAS ESTRUCTURAS DE LA MEGAMÁQUINA⁹

Las grandes sociedades históricas se han constituido en todas partes y todos los tiempos según un modelo organizador que comporta:

- un centro de mando/control: el Estado;
- una jerarquía de funciones, responsabilidades y prestigios;
- una jerarquía de niveles de organización (nación, provincia, circunscripción, aldea);
- una división del trabajo y una especialización cada vez mayor según el desarrollo técnico y después científico.

No obstante, este modelo evidente nos oculta que esta misma organización es (de forma variable según las sociedades) a la vez:

⁹ *El Método 2*, págs. 248-249 y 353-383.

- céntrica, policéntrica y acéntrica;
- jerárquica, poliárquica y anárquica;
- que comporta especializaciones, policompetencias y competencias generales.

Al igual que nuestro aparato cerebral individual, el Aparato central de mando y control social que es el Estado parece una necesidad universal. Y sin embargo, los vegetales y un buen número de animales no disponen de cerebro. Las sociedades de hormigas o termitas que comportan decenas de miles de miembros no tienen ningún aparato central de mando. Las sociedades arcaicas perduraron sin Estado en el globo durante decenas de miles de años (en ellas el poder estaba subdividido o era colegial). El aparato central del Estado es propio de las sociedades históricas, nacidas hace menos de diez milenios y que prosiguen su existencia en la forma moderna de los Estados-nación.

En el seno de estas sociedades sometidas a un centro existen diversos centros de decisión que disponen más o menos de autonomía, como los gobiernos de Estados en las federaciones, los poderes provinciales, las municipalidades, las empresas, los partidos políticos, lo que nos indica que el centrismo se combina con el policentrismo.

Además, una parte importante de la vida social constituye un «medio» de actividades autónomas múltiples, y de este modo se organiza una sociedad civil de forma espontánea a través de las interretroacciones entre grupos e individuos. A diferencia de un ecosistema natural que encuentra su regulación en sí mismo, la organización acéntrica espontánea del medio social está bajo el control y la vigilancia del Estado que le aporta sus constreñimientos y regulaciones.

De este modo, la estructura de toda sociedad histórica comporta una dialógica y una combinación de centrismo-policentrismo-acentrismo.

Las sociedades que tienden a imponer al máximo y en todos los dominios la autoridad del centro estático son de baja complejidad. Las sociedades de alta complejidad favorecen las pluralidades del policentrismo y las espontaneidades del acentrismo.

La noción de jerarquía comporta dos significaciones: una remite a las relaciones de dominación/subordinación entre grupos, clases, castas, individuos; la otra remite a la integración de niveles de organización superpuestos.

En este segundo sentido, la jerarquía constituye un sistema de integración de entidades organizadas de escalas diferentes, que permite el

desarrollo de la complejidad social: de este modo, la aldea se integra en el departamento, el departamento se integra en la región, la región se integra en la nación. Semejante jerarquía puede salvaguardar las autonomías de niveles inferiores, sobre todo cuando éstas dependen de la elección. En cambio, la jerarquía en la empresa o la administración constituye una estructura de subordinación. De hecho, los dos tipos de jerarquía interfieren en las sociedades históricas. La jerarquía es pues una arquitectura a la vez de integración y de dominación. Evoca a la vez la pirámide que aplasta y el árbol que crece para dar sus frutos.

En las sociedades de baja complejidad, la jerarquía permite el sojuzgamiento y explotación de lo bajo por lo alto, del que ejecuta por el que decide, del actuante por el competente, del informado por el que informa, del no informado por el informado.

De hecho, la dominación de lo alto sobre lo bajo va acompañada de una dependencia de lo alto en relación a lo bajo, lo que Hegel vio muy bien en su dialéctica del amo y del esclavo donde el amo depende del trabajo del esclavo; de este modo, el inferior depende del superior que depende del inferior: esta relación de dependencia mutua no anula la dominancia, pero las sociedades de alta complejidad permiten, por una parte, la retroacción de las emergencias adquiridas en el nivel superior sobre los niveles inferiores, como la educación, los derechos cívicos, las libertades, y, por otra parte, el control de los controladores por los controlados *vía* las elecciones pluralistas. El día de las elecciones, la jerarquía pasa a los controlados, y después, al día siguiente, se reconstituye tras haber realizado su rotación.

De este modo, la relación de doble dependencia permite el establecimiento de un bucle recursivo, en el que, sin que desaparezcan la jerarquía ni la dominación, se constituye una unidad del todo, que contribuye a su cohesión, sin anular por ello los antagonismos entre dominantes y dominados.

Además, la organización compleja de las sociedades comporta una poliárquica, es decir, un cierto número de instancias jerárquicas parciales y diversas que corresponden a menudo a los dispositivos policéntricos de decisión. Estas jerarquías, como la jerarquía militar, la jerarquía pedagógica, la jerarquía eclesiástica, ni se superponen ni son simétricas unas a otras.

Por último, ninguna organización social puede ni debe ahorrarse una componente anárquica, como pronto vamos a ver.

El desarrollo organizador de las sociedades históricas comporta el desarrollo de las especializaciones en dominios de actividades cada vez

mayores. No obstante, a diferencia de las sociedades de insectos en las que los individuos están especializados somáticamente, los seres humanos conservan sus competencias anatómicas y mentales generales. Están especializados en su trabajo y se desespecializan en el resto de su vida. De todos modos, las cualidades polivalentes del individuo son indispensables para la complejidad social. La aptitud para la desespecialización es una aptitud para nuevas adaptaciones, y es beneficiosa en caso de dificultades económicas, crisis, peligros, en las que los individuos capaces de actividades diversas pueden superar mejor los desafíos que los otros.

Por último, los cargos de dirección, las tomas de decisión necesitan después del consejo de especialistas o expertos, competencias generales capaces de considerar estos consejos desde un metapunto de vista.

Si bien los progresos de las industrias y técnicas parecen unidos a los progresos de la especialización, han encontrado límites en la industria (*job enlargement*, vuelta a polioactividades) y, en el dominio técnico, cada vez se ve más que la aptitud para inscribir los proyectos y obras en el contexto local y el contexto global tiene la naturaleza de evitar efectos perversos dudosos¹⁰. Los progresos de las ciencias no sólo van unidos a las especializaciones disciplinares, sino también a las transgresiones de la especialización¹¹, a la edificación de teorías generales y hoy a agrupaciones polidisciplinarias.

La baja complejidad social opera la disyunción entre especialización, policompetencia, competencias generales. La alta complejidad llama a su conjunción.

Una organización social totalmente céntrica-jerárquica-especializada sería imposible: obedecería a la lógica de la máquina artificial y ya no a la lógica de la vida; la sociedad más totalitaria concebible no podría culminar su totalitarismo, mas que autodestruyéndose¹².

Es decir, que si bien las sociedades de baja complejidad privilegian la centralización de Estado, la jerarquía rígida, la especialización en todas las tareas y funciones, no pueden eliminar totalmente acentrismo,

¹⁰ Cfr. E. Morin, *La Tête bien faite*, págs. 127-137.

¹¹ Cfr. conversaciones con Jacques Ardoino y Christiane Peyron-Bonjan, «Réforme de la pensée, pensée de la réforme», *Pratiques de formation (Analyses)*, revista publicada por la Universidad París VIII, núm. 39, febrero de 2000.

¹² *El Método 2*, nota de la página 380 sobre la URSS. Cfr. también E. Morin, *De la nature de l'URSS*, París, Fayard, 1983, págs. 146-156. Hay trad. española, véase la Bibliografía, págs. 341-342.

policentrismo, anarquía, poliarquía, policompetencias, competencias generales.

Es cierto que la organización rígida, centralizada, jerarquizada y especializada presenta ventajas, a condición de que el centro disponga de competencias muy ricas. Puede tomar decisiones eficaces, transmitidas a los organismos especializados, y controlar su ejecución. Pero semejante organización es muy lenta para recibir la información que emana de lo bajo de la sociedad, que debe dar todos los pasos jerárquicos, y la transmisión de la decisión, que pasa por los mismos pasos, se ve retardada. La rigidez de semejante organización la incapacita para reaccionar rápidamente al *alea* y al cambio.

Además, una decisión errónea no puede ser contestada u objetada por aquellos que, situados en las zonas bajas o medias de la jerarquía, tienen consciencia del error, pero no osan criticar a sus superiores. Añadamos que semejante organización sufre subempleo de las competencias en los niveles subordinados, y parasitismo en los niveles superiores. Por último, la extrema centralización es de una fragilidad extrema: bastó con hacer caer al Inca soberano en una emboscada para decapitar su gigantesco imperio.

De todos modos, la baja complejidad comporta sojuzgamiento y explotación del conjunto de la sociedad por el centro del poder y la cima de la jerarquía.

La alta complejidad deja que se expresen antagonismos y concurrencias de intereses y sobre todo de ideas en el marco de leyes democráticas, tolera desórdenes e incertidumbres, al tiempo que se muestra apta para responder a los *alea*. Disemina retroactivamente sus emergencias sobre el conjunto de los individuos, los cuales disponen de la posibilidad de controlar a sus controladores. Es decir, que la alta complejidad comporta autonomía individual y civismo.

En el interior mismo de los problemas de organización de la megamáquina encontramos los dos polos extremos de la tipología social: democracia y totalitarismo (noción, como vemos, nada artificial).

La alta complejidad, sin embargo, está amenazada en las sociedades contemporáneas por los progresos que la han permitido: en la medida en que la técnica y la burocracia tienen un papel cada vez más importante, amplios sectores de la vida de los individuos están invadidos por la lógica de la máquina artificial (hiperespecialización, mecanización, cronometrización, estandarización). El despliegue tecnoeconómico que se ha vuelto homogeneizante tiende a eliminar mil diversidades. De ahí surgen nuevos problemas...

MODELO DE BAJA COMPLEJIDAD	MODELO DE ALTA COMPLEJIDAD
Megamáquina esclavista/totalitaria	Megamáquina pluralista
Fuerte centralización	Importancia del policentrismo y del acentrismo
Fuerte jerarquía de dominación y control	Individuos a la vez autónomos y no autosuficientes
Hiperespecialización	Integración que comporta comunicaciones múltiples, especializaciones y policompetencias
Integración rígida y represiva, libertades reducidas, controles múltiples, etiqueta, rito	Jerarquía de niveles de organización que comporta débil jerarquía de control, fuerte componente poliárquica y anárquica
Fuertes constreñimientos	Débiles constreñimientos
Débiles comunicaciones entre grupos y entre individuos	Múltiples comunicaciones entre grupos e individuos
Predominancia del programa sobre la estrategia	Predominancia de la estrategia sobre el programa, espontaneidad, creatividad, <i>alea</i> , riesgos, libertades
Débil autonomía de los individuos	Gran autonomía de los individuos
Optimización simplificadora (funcionalidad, racionalización)	Optimización compleja (con incertidumbres, libertades, desórdenes, antagonismo, concurrencias)

Más arriba, una tabla indica los dos modelos entre los cuales las sociedades oscilan de formas diversas.

Una misma sociedad puede oscilar políticamente hacia la alta complejidad (democracia) o la baja (poder autoritario) según el estado de paz o el estado de guerra (restricción de las libertades, aumento de los controles). Ésta es la razón de que un poder totalitario necesite mantener una psicosis de guerra permanente en estado de paz.

LA ESPONTANEIDAD COORGANIZADORA

Una sociedad humana no puede ser sometida totalmente a un orden mecánico programado.

La megamáquina no es una máquina únicamente física; es viva y humana, no puede prescindir de desórdenes.

La sociedad humana comporta, incluso bajo la soberanía absoluta de un Estado totalitario, una parte de desorden, inseparable de la parte organizadora espontánea que nace y renace sin cesar a partir de las interacciones entre individuos y grupos, en sus actividades, sus desplazamientos y relaciones múltiples, económicas y afectivas de la vida cotidiana.

Esta organización espontánea o anárquica está a la vez siempre omnipresente y siempre relativizada y circunscrita en y por la organización del Estado. El mercado funciona según la oferta y la demanda y, cuando está controlado por los parapetos que permiten su juego concurrente, constituye un fenómeno organizador espontáneo¹³. Y evidentemente donde se efectúan y desarrollan las elecciones individuales (de compañeros, de mercancías, de ocios, etc.) es en la componente espontánea de la organización social, y su extensión alcanza el campo de las libertades humanas.

Las ciudades son especies de ecosistemas que funcionan y se organizan a sí mismos a partir de las interacciones, encuentros, intercambios, cooperaciones, solidaridades, concurrencias, conflictos entre individuos, grupos, empresas. Alimentan las autonomías y libertades privadas que en ellas se multiplican con la expansión del comercio y sobre todo el desarrollo de las metrópolis cosmopolitas. Una gran ciudad es aquello que más se asemeja al cerebro humano en el sentido de que constituye un torbellino permanente de orden/desorden/organización *vía* miríadas de interacciones y retroacciones. Hay en las grandes ciudades un fermento libertario permanente que forma parte del ser social.

La megamáquina social, ni siquiera la faraónica, no funciona a la manera estrictamente determinista de la máquina artificial. Y, en los

¹³ Cfr. *El Método 2*, «Socio-eco-organización», págs. 293-294.

tiempos contemporáneos, el sistema totalitario no ha podido funcionar íntegramente a partir de la obediencia estricta a las órdenes procedentes de la cima. De hecho, la organización más autoritaria o totalitaria suscita por sí misma su contrapartida anárquica, que es complementaria y antagonista. La megamáquina totalmente racionalizada de la Unión Soviética hubiera sido totalmente paralizada si hubiera seguido estrictamente las órdenes planificadoras; sólo pudo funcionar con la desobediencia clandestina, las trampas, los arreglos espontáneos entre directores y trabajadores, en suma, una anarquía coorganizadora de base. El fenómeno clave es la resistencia colaboradora de los individuos que hacen funcionar la máquina, pero que se entienden entre ellos para lograr alguna distensión, alguna libertad: su desobediencia clandestina a las órdenes inhumanas y paralizantes permite que la megamáquina funcione. Colaboran resistiendo, resisten colaborando. Esto se encuentra, de forma atenuada, en cualquier empresa industrial, en virtud de la paradoja de que el carácter absoluto del orden programado conduce a la parálisis absoluta, y que el poder absoluto necesita su antídoto que, a la vez, lo limita y mantiene. La contraorganización espontánea (llamada informal) entre los ejecutantes, al mismo tiempo que es antagonista, es necesaria para cualquier organización que obedezca a la lógica mecánica de la máquina artificial.

El desorden no significa únicamente agresión, delincuencia, sino también libertad, iniciativa, incluso creatividad.

Al exceso de orden surgido de las prescripciones y proscripciones del aparato de Estado le corresponde un aumento de desorden en el hormigueo subterráneo y nocturno de los *undergrounds* (los cuales, al igual que los virus suscitan la multiplicación de linfocitos, alimentan a su vez las fuerzas represivas del orden).

Ninguna sociedad, ni siquiera la más totalitaria, está totalmente integrada. Es decir, que toda megamáquina funciona según una mixtura de organización mandada y de organización espontánea.

Cuanto más compleja es una sociedad, más constituye una unión de la coalición y la competición, de la comunidad y la rivalidad, de la unión y la desunión. Montesquieu vio que el conflicto es inherente a la sociedad compleja: «No se oye hablar más que de las divisiones que hicieron desaparecer Roma, pero no se ve que estas divisiones eran necesarias, que siempre habían estado, y que siempre debían estar.» Una lectura compleja de las relaciones entre clases en el seno de una nación nos mostraría que la colaboración de las clases va unida, a su antagonista, la lucha de clases.

EL ESTADO-NACIÓN MODERNO

El Estado-nación produce una nueva realización de la megamáquina social.

Mientras que los imperios sojuzgaban a las etnias sin incorporarlas verdaderamente, el Estado-nación que en primer lugar se desarrolló en el occidente europeo pudo integrar etnias muy heterogéneas sin anular su diversidad. Pudo unir las en una lengua y una educación comunes, y sujetarlas en su mito ya no teocrático, sino matri-patriótico, en el que la nación, vivida como patria por sus sujetos-ciudadanos, lleva en sí la sustancia materna a la que se debe amor y la sustancia paterna a la que se debe obediencia incondicional; lo hemos visto, la palabra patria comienza en masculino paterno y acaba en femenino materno. Los súbditos o ciudadanos se sienten «hijos de la patria». El Estado-nación suscita su religión propia, que comporta su deificación, su culto y sus sacrificios.

La patria crea la comunidad entre los individuos que, al tiempo que gozan de su cualidad de ciudadanos, sienten el deber sagrado de consagrarse a la patria en peligro. El Estado-nación sujeta al individuo en tanto que ciudadano dedicado a su patria, y no en tanto que sujeto dependiente del Estado todopoderoso. La patria es la religión del ciudadano.

La nación dispone, tanto para sus ciudadanos-sujetos cuanto para el mundo exterior, de una individualidad muy fuerte, cuasi subjetiva. Francia es una persona, decía Michelet. Es reconocida como ser viviente antropomorfo; se dice «Francia quiere...», «América exige...».

A partir de esta realización, el Estado-nación ha suscitado, alimentado, superexcitado un nacionalismo de odio contra las naciones extranjeras, nacionalismo que ha adquirido forma delirante en las psicosis de guerra.

La nación ha desarrollado simultáneamente sus caracteres de comunidad (patriotismo, nacionalismo) y sus caracteres de sociedad, es decir relaciones de intereses, rivalidades, concurrencias, que comportan conflictos sociales, económicos y políticos (que se despliegan con toda claridad en las democracias). Ha desarrollado tanto el papel del Estado, particularmente en el dominio protector y asistencial (Estado-providencia), cuanto el papel autoorganizador espontáneo de la sociedad civil.

Es cierto que las naciones modernas se imponen a los individuos por la ley, la policía, el ejército. Pero sólo existen en tanto que naciones porque los factores de solidaridad predominan sobre los factores de concurrencia y antagonismo (entre individuos y entre grupos), y porque los factores de concurrencia y antagonismo, al tiempo que siguen siendo potencialmente desorganizadores, aportan complejidad.

Aunque la expansión económica de Europa haya comenzado en las ciudades-Estado de Italia y de los Países Bajos, fue en los Estados-nación de España, Inglaterra, Francia donde se formaron y desarrollaron las megamáquinas económicas que se hicieron cada vez más industriales.

Los desarrollos de los primeros grandes Estados-naciones, en Europa occidental, van unidos a los de las ciudades, el capitalismo, la técnica, después la industria. El capitalismo crece bajo la protección del Estado-nación, pero se emancipa de él, va a desarrollar su propia megamáquina bancaria, comercial, industrial integrada pero autónoma en el seno de la nación. Las naciones continúan su destino de poder, que aumenta su desarrollo económico. Nuevas categorías de la población entran en el circuito de la moneda, la ganancia, el bienestar mientras que capas muy vastas son arrancadas de la tierra, arrojadas a los arrabales, abocadas a la condición proletaria. Con el desarrollo económico y social, el destino de los individuos deviene un destino individualista. Es toda una nueva civilización lo que se desarrolla en el marco del Estado-nación hasta mediados del siglo XX. Hoy todas las mejoras que aportó esta civilización provocan nuevas carencias.

Los Estados-nación se complejizan en adelante sin cesar. Las sociedades mantienen su unidad y su identidad en un flujo agitado de evoluciones/transformaciones que se han vuelto permanentes. El crecimiento se convierte paradójicamente en un factor de estabilidad: mantiene las regulaciones de un sistema que ya no puede ser inmóvil.

Los Estados-nación pudieron aclimatar la democracia, anteriormente privilegiada de las ciudades-Estado.

La democracia constituye un sistema político complejo en el sentido de que vive de pluralidades, concurrencias y antagonismos al tiempo que sigue siendo una comunidad nacional; se funda en el control del aparato por los controlados, y con ello reduce el sujetamiento; la democracia es la regeneración continua de un bucle retroactivo: los ciudadanos producen la democracia que produce a los

ciudadanos. La democracia se funda a la vez en el contexto de los ciudadanos que aceptan su regla del juego, y en el conflicto de intereses e ideas. La regla del juego sanciona el afrontamiento de las ideas por la elección y no el recurso a la violencia. La democracia constituye la unión de la unión y de la desunión; se alimenta endémicamente de conflictos que le dan su vitalidad. Vive de pluralidad, incluso en la cima del Estado (división de los poderes ejecutivo, legislativo, judicial), y debe mantener esta pluralidad para mantenerse a sí misma. La democracia es constitutivamente frágil: la exasperación de los conflictos puede romper la institución democrática por *putschs*, insurrecciones o golpes de estado, y el consenso sólo puede enraizarse en la continuidad de una práctica cívica. La democracia sólo puede consolidarse enraizándose en el tiempo y deviniendo tradición. De este modo, la democracia ha corrido sin cesar el riesgo de la dictadura, como en América Latina. Está lejos de estar establecida de forma irrevocable en las naciones más antiguamente democráticas. El siglo XX fue testimonio de la autodestrucción de una gran democracia, la República de Weimar, de inversiones de la democracia, de la formación del totalitarismo moderno.

La democracia contemporánea está en crisis allí mismo donde está bien instituida: el Estado-nación contemporáneo desarrolla una gigantesca tecnoburocracia que restringe el ejercicio político del ciudadano.

El desarrollo de las complejidades política, económica y social alimenta los desarrollos de la individualidad. Ésta se afirma en sus derechos (humanos, del ciudadano), reivindica o adquiere libertades existenciales (elección autónoma del cónyuge, la residencia, el ocio, etc.). El auge del individualismo provoca desinhibiciones, que liberan energías e inteligencias hasta entonces reprimidas o controladas, libera también sexualidad, amores, amistades, agresividades.

Hoy el individualismo va acompañado de pérdidas de solidaridades, soledades y todo lo que aporta de solución lo aporta también de problemas.

La dialógica de las sociedades históricas, incluidas las contemporáneas, tiende a la vez a emancipar y sojuzgar, sujetar y autonomizar al individuo. El Estado-nación fue un gran emancipador y un gran opresor. La lógica del Estado y la lógica del mercado tienden, cada una a su manera, sea a autonomizar/emancipar, sea a dominar/explotar a los individuos. La dificultad actual consiste en operar una complementariedad fecunda entre la legalidad protectora/emancipadora

del Estado y las libertades del tejido autoorganizador espontáneo que se le escapan¹⁴.

El porvenir democrático es incierto, y, como hemos dicho más arriba, fuerzas poderosas intrínsecas a la máquina tecnoburocrática y a la máquina tecnocientífica tienden a atrofiar las democracias.

El Estado es todavía dinosaurio o mamut. No se puede excluir la posibilidad de un Estado neototalitario que, beneficiándose de los nuevos controles informáticos y de manipulaciones genéticas y cerebrales, sujetaría, manipularía, oprimiría, infantilizaría a los individuos.

En sentido inverso, las naciones más acabadas son cada vez más económica, técnica, científicamente inacabadas y están cada vez más abocadas a la apertura y la interdependencia.

En efecto, una megamáquina económica de amplitud planetaria se ha producido, propulsada por un cuatrimotor sin freno: ciencia, técnica, industria, capitalismo, mientras que el planeta está recubierto en adelante por un rompecabezas de innumerables naciones de todos los tamaños. La fórmula del Estado-nación, nacida en el occidente europeo, se mundializó totalmente a finales del siglo XX, y ello en un momento en que la economía misma alcanzaba un estadio nuevo de mundialización. Examinaremos esta paradoja en el capítulo «La identidad planetaria».

LOS DIEZ PRECEPTOS DEL COMPLEJO SOCIAL

1. Una sociedad humana no puede estar sometida totalmente a un orden mecánico. Si un Estado intentara eliminar todas las fuerzas de desorganización que trabajan la sociedad, eliminaría sus fuerzas de reorganización y se autodestruiría.

Ésta es la razón de que los aparatos más despóticos de la Antigüedad, los más totalitarios del presente (y creo que incluso del futuro, a pesar de la posibilidad de manipulaciones genéticas y cerebrales), no han podido sojuzgar totalmente una sociedad, por tanto a los individuos que la componen.

2. Una sociedad siempre es la unión de la comunidad y la rivalidad, la coalición y la competición, intereses sociocéntricos e intereses egocéntricos, *fitting* (ajuste mutuo) y *matching* (rivalidad, concurrencia).

¹⁴ Cfr. *Une politique de civilisation*, págs. 149-150. Hay trad. española, véase la Bibliografía, págs. 341-342.

Cuando las complementariedades se actualizan, los antagonismos se virtualizan y viceversa. De este modo, la lucha de clases virtualiza la colaboración de las clases y la colaboración de las clases virtualiza la lucha de clases. La nación es a la vez comunidad y sociedad precisamente en este juego de virtualización y actualización.

El conflicto es inherente a una sociedad compleja y, ya lo hemos dicho, la democracia se alimenta de conflictos. Pero, en la sociedad compleja, también hace falta siempre comunidad, solidaridad, amor. En efecto, una extrema complejidad se autodisolvería disolviendo el vínculo social en la libertad sin límites de sus miembros. Si se quiere reducir al mínimo la coerción del poder, sólo un sentimiento vivido de solidaridad y comunidad puede asegurar la cohesión social.

3. Como corolario, la autoridad coercitiva no basta para mantener la sociedad como unidad, hace falta comunidad, y la comunidad comporta en los individuos un sentimiento vivido de solidaridad y amor.

4. El sojuzgamiento podría ser eliminado en una sociedad futura, el sometimiento no puede ser eliminado sino con la sociedad misma. No obstante, un ciudadano puede ser autónomo al tiempo que estar sujeto a su ciudad.

5. Toda sociedad compleja dotada de Estado comporta dialógicas de jerarquía-poliarquía-anarquía, de centrismo-policentrismo-acentrismo, de especialización-policompetencias-competencias generales. La dosis varía según la apertura o cierre de las sociedades, según su grado de complejidad.

6. Toda sociedad compleja dotada de Estado comporta una parte de organización espontánea que se combina con la organización por el Estado: el desarrollo cuasi ecoorganizador del tejido urbano y del mercado económico permite libertades, inventividades, creatividades, pero también explotación, desencadenamiento de egoísmos, pérdida de solidaridades.

7. Las fuerzas de antagonismo y de disociación que trabajan sin cesar la sociedad están compensadas por fuerzas de amor en el seno de la sociedad civil (madre-hijo, familia, esposo, amantes, amor patriótico), y por las amistades y simpatías. Las fuerzas de amor todavía no han podido reducir nunca los antagonismos.

8. La relación Estado-sociedad es dialógica: la sociedad resiste naturalmente al Estado que la sojuzga, y necesita al Estado que la protege. La relación sigue siendo complementaria/antagonista; la dialógica del Estado-nación sujeta, subyuga, incluso oprime, y a la vez o alternativamente emancipa, protege. La ley del Estado puede ser más o menos sujetadora o emancipadora.

9. El Estado asistencial, cuya protección tiende a cubrir todos los dominios de la existencia, protege e infantiliza a la vez a los individuos.

10. La alta complejidad social comporta libertades y creatividades, pero se mantiene a la temperatura de su destrucción, y para subsistir necesita fuerzas muy potentes de regeneración.

¿Se puede considerar un óptimo social que procuraría a la vez más comunidad y más autonomías, más unidad y más diversidad? ¿Que produciría un máximo de emergencias (libertad, creatividad) e impondría un mínimo de constreñimientos: $O \supset \text{MaxE/MinC}$?

De hecho, ninguna sociedad podría eliminar todo constreñimiento, ni toda subordinación. Podemos preguntarnos, pero sin poder encontrar una respuesta clara y definitiva: ¿cuál es la parte de inhibición o de represión que implica toda regulación, la parte de especialización que implica toda complejización organizacional, la parte de dominación que implica toda jerarquía?

Un óptimo social necesitaría tantos óptimos antagonistas (de ahí la inadecuación de Arrow entre los intereses individuales y el interés general) que es globalmente irrealizable¹⁵. El óptimo que consistiría en la abolición total de la criminalidad debería pagarse con el control permanente de los individuos, por tanto con fuertes restricciones a sus libertades y, en el extremo, con la transformación de la sociedad en máquina carcelaria/psiquiátrica. Si queremos libertades, hacen falta márgenes de desórdenes, tolerar anomias y experimentar la posibilidad del crimen.

Todo lo que se funda en la libertad y la creatividad es en el límite desorden y corre el riesgo de la desintegración.

Como la complejidad comporta necesariamente antagonismos e incertidumbre, su fragilidad no nos permite fijar un óptimo duradero.

El óptimo complejo no puede ser sino incierto, cambiante, modificable, es decir sin optimización definitivamente definible.

Se puede decir solamente que la «buena» sociedad es aquella que genera y regenera alta complejidad.

EL SER DEL TERCER TIPO

Los unicelulares son seres vivientes del primer tipo. Los policelulares, vegetales y animales, son seres vivientes del segundo tipo. Se constituyen en repúblicas de millones o miles de millones de células que mueren, incluso se «suicidan» (apoptosis y paraptosis), para dar lugar a nuevas células.

Las sociedades de hormigas y termitas son entidades en las que hormiguero y termitero son como megacerebros de millones de patas que constituyen una superindividualidad casi tan integrada como un organismo del segundo tipo (policelular). Son seres del tercer tipo. Las sociedades de mamíferos son mucho más rudimentarias: son entidades autónomas y sociocéntricas dotadas de cualidades organizadoras que emergen de las interacciones entre individuos, pero que comportan fuertes componentes egocéntricas y rivalitarias. A este título, no constituyen sino esbozos de entidades del tercer tipo.

Las sociedades humanas, por etapas decisivas, han llegado a ser seres del tercer tipo. Las sociedades arcaicas emergen como entidades del tercer tipo porque están dotadas de un patrimonio generador y regenerador —la cultura—, a partir del cual organizan su identidad y su complejidad. Después, las sociedades históricas, capaces de integrar millones de individuos, están dotados de un aparato de mando/control, el Estado, que le asegura un desarrollo nuevo al ser del tercer tipo.

La sociedad histórica es a la vez una megamáquina y un ser dotado de los caracteres propios de la organización viviente (auto-eco-organización): tiene su esfera generativa propia (cultura), su individualidad singular, su aparato central —el Estado. El Estado aporta a la sociedad una potencia supercerebral, una aptitud autorreferente, una voluntad propia. A partir de ahí, dotada de su patrimonio generador (cultura), de su estado imperioso y de su constitución como megamáquina, la sociedad constituye un ser del tercer tipo. Es el *Gran Leviatán* que Hobbes conceptualizara. Este gran gigante constituye su autonomía a partir de las intercomunicaciones cerebrales/mentales entre individuos,

¹⁵ Cfr. *El Método 2*, págs. 382-383.

pero a espaldas de la consciencia de estos individuos, y al mismo tiempo, a partir del poder de Estado.

¿El ser del tercer tipo es un sujeto en el sentido en que hemos definido este término? Al ocupar de forma exclusiva el puesto sociocéntrico, el Estado detenta uno de los caracteres propios del sujeto. Pero no dispone de un principio de inclusión, ni de consciencia de sí. Es el individuo humano el que permanece en la sede de la mente y de la consciencia. Y es una razón por la cual no podría ser totalmente sojuzgado.

El ser social del tercer tipo tiene algo más y algo menos que el individuo humano (segundo tipo)¹⁶.

— Algo más: dispone de capacidades y cualidades organizadoras sobrehumanas, y escapa a la mortalidad de los individuos. A diferencia del ser humano, la sociedad no está sujeta por una especie y no muere naturalmente: no muere más que cuando vencida por un enemigo poderoso y despiadado es decapitada por la aniquilación de su Estado, totalmente sojuzgada y cuando su población es deportada o integrada en la sociedad del Estado vencedor.

— Algo menos: utiliza el pensamiento y la consciencia de los humanos que la gobiernan, pero no dispone de la autorreflexión que es lo propio de la consciencia individual. Por tanto, repitámoslo, no tiene consciencia propia, no puede decir: «yo»; cuanto más, un individuo real puede decir: «el Estado soy yo». Dicho de otro modo, por potentes que sean sus poderes de sujetamiento de los individuos, el Estado no puede llegar a ser ni Espíritu verdadero ni, como pensara Hegel, Sujeto verdadero.

Desde cierto ángulo, la historia puede ser vista como una lucha interminable, ininterrumpida e incierta entre los individuos y la sociedad, entre el segundo tipo y el tercer tipo (pues cada uno de estos términos le es necesario al otro). Se puede ver simultáneamente una oposición en el seno del tercer tipo entre la alternativa de baja complejidad y la de alta complejidad. La alta complejidad necesita iniciativa, creación, por tanto favorecer las libertades individuales y, en reciprocidad, la complejidad individual necesita la inserción en una cultura y en una comunidad.

La complejidad del ser social es el caldo de cultivo de la complejidad individual. De este modo, hay de hecho una sana alianza entre la sociedad de alta complejidad y los individuos.

Las sociedades democráticas contemporáneas constituyen un ser del tercer tipo relativamente bonachón, pero el siglo XX inventó el sistema totalitario, cierre tentacular hipercentralizado e hiperramificado sobre los individuos. El porvenir es incierto, pues la posibilidad de un nuevo totalitarismo más eficaz que el del siglo XX, disponiendo de medios biológicos y químicos para controlar genes y cerebro, no puede ser excluida. Pero tampoco se puede excluir una evolución hacia una nueva complejidad muy alta que supere (y por tanto englobe) al ser del tercer tipo en una sociedad-mundo.

Resta que el individuo humano es el centro de consciencia en y por la sociedad. El individuo, con su mente, puede abarcar su propia sociedad, puede esforzarse en abarcar al mundo con la comprensión... El alma, la sensibilidad de la sociedad está en los individuos. La mente/cerebro individual es más compleja que la sociedad, más compleja que la Tierra, más compleja que la galaxia.

¹⁶ Cfr. *El Método 2*, «Emergencia de las entidades de tercer tipo», págs. 277-297.